

“Si truena en abril, prepara la media fanega y el celemín”



INTRODUCCIÓN

Las piezas expuestas dentro del proyecto Musealiak están relacionadas con los métodos de medición que utilizaban en el caserío y en el mundo rural en general. El modelo de medición que se usa en la sociedad actualmente, aunque parezca natural y “de siempre”, es fruto de un proceso histórico y social. De modo que la socialización y normalización del uso del Kilo, Metro y Litro tiene detrás su recorrido histórico y social. ¿Y cómo medían y calculaban los/as campesinos/as los alimentos y otros productos antes de utilizar estas unidades? Las siguientes piezas nos hablan de esta cuestión aparentemente básica, pero esencial.

De modo que estos dos objetos, pertenecientes históricamente a la comarca de Goierri, en estrecha relación con Igartubeiti, abren una ventana para repensar cómo se organizarían y llevarían a cabo las actividades de compra venta de los productos del caserío en esta pequeña zona del mundo. ¿Te imaginas cómo sería?

PRESENTACIÓN DE LOS OBJETOS

1-Cuartal

El cuartal era una unidad de medida que se utilizaba en los caseríos, en concreto, para medir la cantidad de granos como el trigo, el maíz o la alubia. Por ejemplo, un cuartal de trigo eran 11 kg de trigo más o menos. También era conocido con el nombre de “cuartera”.

Es una caja rectangular de madera. La parte delantera está inclinada y en la parte trasera tiene un asidero. Al utilizarlo como medida de granos, tiene cierta cabida en su interior. Se puede decir que más que una herramienta de hogar, se utilizaba en el ámbito de las actividades económicas, para llevar a cabo las transacciones.

Este cuartal que perteneció al caserío Zaldibarrena del municipio de Zaldibia es del siglo XIX. Su uso se extendió hasta los inicios del siglo XX. Hoy en día es parte de la colección patrimonial de Gordailua, que fue conservado mediante el trabajo del etnógrafo Josu Tellabide, por ser un elemento que relata la reciente transformación de la sociedad vasca y en concreto gipuzkoana.



2-Celemín

El celemín era también otra unidad de medida, que se utilizaba, entre otros, para el trigo, maíz o la alubia, tanto en los caseríos como en los puntos de venta como mercados o molinos. Es una unidad inferior a la del cuartal, pues su medida equivalía a 3,5 kg de trigo.

Es una caja cuadrada de madera que tiene cierta cabida en su interior para poder medir la cantidad de granos. Además de medir el trigo, también se utilizaba para el maíz y la alubia. Originalmente perteneció al caserío Ezkiaga Erdikoa de Beasain. Aunque no sabemos exactamente de cuándo es, seguramente sea del siglo XIX y su uso se extendería hasta los inicios del XX. En el año 1999 este celemín junto a otros objetos del caserío fueron donados a la Diputación Foral de Gipuzkoa.



CUARTAL Y CELEMÍN: TESTIMONIOS DE PRÁCTICAS DE UNIDADES DE MEDIDA

Al mirar a estos dos objetos, lo que verán nuestros ojos son dos simples cajas de madera, no mucho más. Pero si nos damos cuenta de que la mirada también está interpelada por el proceso histórico y cultural, los mismos objetos nos parecerán diferentes, con otro significado y contextos, atendiendo al valor que se esconde tras la forma.



Al parecer el ser humano a lo largo de la historia ha tenido la necesidad de habituarse y medir el entorno en el que vive. Para ello ha utilizado medidas diferentes como el tiempo, la anchura, el volumen, etc, cada una con su significado o modo particular. La vida rural también es testigo u ejemplo de ello, y ha tenido sus propios sistemas de medida.

Los modos de medir se han ido transformando cultural e históricamente, hasta definir y establecer el modo actual de medida. Y es que sin las unidades Kilo, Litro y Metro, las cuales están arraigadas en general en el mundo occidental, se nos haría difícil comprender, pensar y representar el mundo. Los dos objetos que presentamos en MusealiaK, el cuartal y el celemín, nos hablan de los modos de medidas anteriores a la globalización. Es decir, a través de ellos podemos repensar cómo eran las relaciones económicas y las tareas de medir antes de establecer el Sistema Métrico Decimal.

La medición de alimentos y demás elementos formaban parte de la vida cotidiana en los trabajos del caserío y en la economía: hierba, helecho, sidra, trigo, maíz y alubias, cera, etc. A falta de kilo, metro y litro, utilizaban otros modelos, y se podría decir que cada grupo de alimentos o productos tenía sus propios sistemas de medición.

Las medidas de longitud se medían, por ejemplo, en varas, pies y en leguas. En cuanto a los líquidos, también había otras tantas formas, y dependía de su capacidad. Las unidades básicas eran el azumbre, la jarra o la arroba. En cuestión de peso, la unidad de partida era la libra, de la que dependían la arroba, el quintal y la onza. Por ejemplo, dentro de este grupo se insertaría la manzana. De hecho, otra medida de peso muy extendida era la “carga” o “carro”. Es decir, la manzana se medía por carros, y en grandes cantidades (para sidrerías) se medía por cargas o carros, entre otros.

Por su parte, el cuartal y el celemín se usaban para medir los cultivos. En el grupo de cultivos estarían los granos, que se medían por volumen y no por peso. Para la medición de los granos se utilizaban recipientes de madera, entre los que se encontraban el cuartal y el celemín, entre otros. Es decir, el cuartal y el celemín medían la capacidad de los granos: cuánta cantidad de grano entraba en el fondo.



El cuartal y el celemín eran cantidades precisas, pero la unidad básica para medir los cultivos era la fanega, de la que se derivaban las demás. En Gipuzkoa la fanega era de 55,3 kg. Después estaba el robo, cuyo valor era de media fanega (había también medio robo). La siguiente medida sería el cuartal, que, como se ha dicho,

tenía una capacidad aproximada de unos 11 kg., y finalmente el celemín, con 3,5 kg de trigo.

Las medidas a las que se ha hecho referencia consistían básicamente en recipientes de madera. Para asegurarse de que éstos estaban bien llenos, se usaba el rasero. Un palo redondo para retirar las sobras y mantener la medida adecuada. Hay que tener en cuenta que los granos eran ingredientes imprescindibles en la vida cotidiana, por lo que sus compraventas e intercambios eran muy frecuentes. Por eso, tanto en los caseríos como en los mercados, los cuartales y los celemines eran herramientas habituales. Es más, en los puntos de compraventa, al menos el cuartal y el celemín estaban atados con cadenas en las paredes, a disposición de los/as ciudadanos/as.

Hoy en día nos pueden parecer unas simples cajas de madera, pero han sido muy importantes como testimonios de la sociedad hasta el siglo XX: sorprendentemente, estas cajitas formaron parte de las actividades económicas de aquella época. Unos los tendrían repletos, y los otros no tanto como quisieran.

EVOLUCIÓN DEL SISTEMA DE MEDICIÓN

Como se ha visto, las unidades utilizadas para el sistema de medición eran numerosas y además variaba de un lugar a otro. Desde la idea actual de uniforme y unidad, puede que se piense que aquello era un desorden, pero muchas veces se olvida que eran códigos y referencias socialmente y culturalmente compartidas. Es decir, era un sistema que aquella sociedad, tanto del mundo rural como del suburbano, tenía interiorizado y lo consideraba un sistema útil.

Más que caos, se podría decir que aquella diversidad representa la riqueza cultural, demostrando al mismo tiempo que la economía no se limita sólo a cuestiones de compraventa y cantidad. Más allá, las características o variables sociales y culturales también forman parte de la economía. Todas esas medidas necesarias para llevar a cabo las compraventas lo demuestran: la sabiduría que compartía esa comunidad también era un elemento ligado a la economía.

Sin embargo, debido a esta diversidad, a partir del siglo XVIII, surgieron las necesidades de regular por ley modelos concretos de medidas en todas las sociedades. Es decir, el deseo de establecer un sistema único de medidas desde los centros de poder cobró fuerza para poder controlar más fácilmente el movimiento de los alimentos. Una universalización de las medidas. El establecimiento de un sistema de medición neutro fue asumido por la generación posterior a la Ilustración. En 1875 se firmó el Tratado de París , y se estableció un sistema métrico decimal: kilos, metros y litros.

Aquel tratado establecería, en general, a ojos de los científicos e ilustrados, medidas iguales para todos, un modelo que sería unívoco y objetivo. De hecho, el sistema decimal de medidas provenía de la ideología de la Ilustración basada en la estandarización, la homogeneidad y la universalidad. Pero todos aquellos/as campesinos/as que utilizarían estas medidas no eran iguales, sino un mundo lleno de realidades y particularidades. La forma de hacer el trabajo de los/as baserritarras y sus costumbres eran otras. Y, por tanto, no fue tan fácil sustituir aquellas formas tradicionales de medición arraigadas en los usos, por esas medidas universalistas basadas en la homogeneidad y en la razón de los científicos y enciclopedistas. De alguna manera, se produjo un choque frontal entre dos formas de conocimiento o “epistemologías”. En un principio, en lugar de facilitar, creó un mayor desorden, hasta el punto de que las instituciones obligaron por ley al uso del nuevo sistema métrico.

Sin embargo, aunque en un principio el cambio fue bastante difícil, lentamente, los/as baserritarras comenzaron a interiorizar estas nuevas formas de medida en sus formas de vida, incorporándolas a sus actividades. Y seguramente, en gran medida, aquel cambio facilitaría también su forma de vida.

Desde el punto de vista de la globalización, se puede decir que se trata de una pérdida: tras el arraigo del sistema métrico decimal en el siglo XX, el cuartal, el celemín y otras medidas quedaron en el olvido. Pero, por otro lado, también sirve para romper un mito que rodea a los/as baserritarras. Muchas veces se ha pensado que los/as baserritarras han tenido una actitud pesimista ante los cambios a lo largo de la historia, pero ejemplos tan sencillos como este ponen de manifiesto la

disposición del caserío a adaptarse a las cambiantes circunstancias históricas, económicas y culturales; y en muchas ocasiones ha sido el/la baserritarra quien los ha impulsado.

Bibliografía:

Azcárate, P. B. (2012). *Como un jardín. El caserío guipuzcoano entre los siglos XIX y XX* (Doctoral dissertation, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea).

D´elikatuz zentroa, *Pisuak eta Neurriak*. Erakusketa

Muñoz Amilibia, A. M. (2007). El caserío vasco: un modelo de economía agrícola.